



Aproximación marxista a la relación conocimiento-valor en la economía capitalista contemporánea

Marxist approach to the knowledge-value relationship on the contemporary capitalist economy

SILVIA ODRIUZOLA GUITART*

HENRY COLINA HERNÁNDEZ**



RESUMEN – El conocimiento es una mercancía especial que presenta una diferencia importante entre su costo de producción y de reproducción. Este hecho, sumado a la cuestión de constituirse en bienes que no poseen rivalidad en el consumo, de no degradarse con el uso, implica que no sea susceptible de ser apropiable. Sin embargo, bajo las condiciones del capitalismo contemporáneo, el capital logra privatizar el conocimiento, excluyendo de sus beneficios a los que no tienen la posibilidad de adquirirlo. El conocimiento humano deja de ser valor de uso y se presenta, desvirtuándose, como valor de cambio; su potencial emancipador se enfrenta siempre con las barreras que erige la propiedad privada para transformarlo artificialmente en valor de cambio. Esta contradicción cesará a medida que el sistema, regido por la lógica destructiva de la producción mercantil, se transforme en la sociedad del tiempo disponible y de la producción de bienes socialmente útiles y necesarios.

Palabras clave – Conocimiento. Valor. Teoría valor-trabajo. Tiempo de trabajo. Tiempo libre.

ABSTRACT – Knowledge is a special commodity that presents an important difference among its production and reproduction costs. This fact, added to the question of being commodities with non-rivalry on their consumption, and not being degraded by use, implies that knowledge is not susceptible to appropriation. Nevertheless, under the contemporary capitalism conditions, capital is allowed to privatize knowledge, excluding from its benefits those who have no possibility of acquiring it. Human knowledge stops being an value of use, and then it is presented as value of exchange; its potential for emancipation is always facing the barriers erected by private property in order to artificially transform it into a value of exchange. This contradiction will cease on the same measure that the system, ruled by the destructive logic of the commodities production, is transformed into a society of the available time and the production of socially useful goods.

Keywords – Knowledge. Value. Value theory. Work time. Free time.

* Doctora en Ciencias Económicas. Profesora Titular Facultad de Economía, Universidad de la Habana. Vedado, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba. *E-mail*: silviao@fec.uh.cu.

** Máster en Economía. Profesor Instructor Facultad de Economía, Universidad de la Habana. Vedado, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba. *E-mail*: henrych@fec.uh.cu.

Enviado: agosto/2016. *Aprobado*: octubre/2016.

El debate en torno al rol protagónico que ha ido alcanzando el conocimiento en los procesos económicos ha sido en las últimas décadas centro de atención de numerosos autores e instituciones. Desde la segunda mitad del siglo pasado, dicha literatura alcanza vastas proporciones, distinguiéndose disímiles enfoques que han ido desde aspectos conceptuales hasta su tratamiento medible. El presente artículo cierra una trilogía enmarcada en este tema, cuyo énfasis fundamental se particulariza en el enfoque crítico, fundamentado a partir de la economía política marxista.

El primero de ellos, publicado en esta misma revista bajo el título “Una propuesta alternativa a la concepción del llamado capital humano” (vol. 12, no. 2, p. 265-280, jul.-dic. 2013), se concentra en fundamentar la necesidad de propuestas alternativas que superen la estrechez de las consideraciones meramente económicas que sustentan la teoría del capital humano, a partir de la incorporación de elementos sociológicos y axiológicos al proceso de formación de los individuos.

En el segundo, publicado en la revista cubana Economía y Desarrollo, de la Facultad de Economía de la Universidad de la Habana, con el nombre “La relación capital-trabajo: cuánto de ayer, cuánto de hoy” (vol. 154, p. 4-15, No.2, jul.-dic. de 2015), se realiza una valoración crítica de la relación capital-trabajo en las condiciones contemporáneas, sobre la base de la discusión del denominado “fin del trabajo” frente a la creciente informatización de los procesos; así como del rol de la ciencia y la tecnología dentro del contexto de las relaciones capitalistas de producción y la consiguiente subordinación de estas a la lógica del capital y su valorización, supeditando al trabajo bajo su dominación.

Con el presente artículo se completa el estudio anterior, partiendo primeramente del análisis de la relación entre el conocimiento y el valor bajo el predominio de las relaciones sociales de producción capitalistas, etapa que múltiples autores han identificado como una fase de desarrollo del capitalismo, cuya principal característica es hacer del conocimiento su fuerza productiva más importante. Asimismo, se retoma el debate en torno a la relación entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre del trabajador bajo estas condiciones, en las que los intangibles desempeñan un creciente papel en los procesos económicos. En este contexto se han producido diversos cuestionamientos acerca de la validez de la teoría del valor-trabajo marxista, lo cual obliga a profundizar en tales cuestiones, rescatando el legado de Marx al respecto. El tratamiento de tales tópicos ha configurado la estructura de esta investigación.

La relación conocimiento-valor en las condiciones de la economía contemporánea

En el capitalismo moderno, el conocimiento se ha convertido en un factor necesario, tanto como el trabajo y el capital (RULLANI, 2004). Para este último autor, en el capitalismo industrial el trabajo genera conocimiento y el conocimiento genera valor. Por lo tanto, analizado como “una especie de bien semiacabado que no hace sino “conservar” y “transmitir” a los procesos en curso el valor del capital y del trabajo utilizados para producirlo”, el conocimiento no tiene ninguna influencia sobre la teoría del valor. Pero esto no es lo que ocurre bajo las condiciones del “capitalismo cognitivo”, en el que, según su criterio, actúan leyes diferentes a las que dieron lugar a la teoría del valor, de ahí que ni la teoría del valor de la tradición marxista, ni la liberal, puedan dar cuenta del proceso de transformación del conocimiento en valor (RULLANI, 2004, pp. 101-102).

La fundamentación de tal aseveración se basa en asumir que si bien el conocimiento tiene un valor de uso, no tiene un valor-coste que pueda ser empleado como referente para determinar el valor de cambio. Y esto se cumple, según este autor, tanto para los preceptos de la teoría neoclásica, como para la teoría marxista.

Así, existe una diferencia entre el coste de producir el conocimiento y el de reproducirlo. Una vez que la primera unidad ha sido producida, el coste necesario para reproducir las demás unidades tiende a cero. Por lo tanto, el valor de cambio de esta mercancía, cuyo coste de reproducción es nulo, tiende a cero.

En consecuencia, el valor de cambio estará determinado por la potestad de limitar el intercambio de conocimiento, mediante arreglos institucionales de fuentes y temporalidad variables.

Con independencia del valor de uso para los usuarios, en un régimen de libre competencia, el valor de cambio de una mercancía, cuyo coste de reproducción es nulo, tiende inevitablemente a cero. El valor de cambio del conocimiento está entonces enteramente ligado a la capacidad práctica de limitar su difusión libre, es decir, de limitar con medios jurídicos —patentes, derechos de autor, licencias, contratos— o monopolistas la posibilidad de copiar, de imitar, de «reinventar», de aprender conocimientos de otros. En otros términos: el valor del conocimiento no es el fruto de su escasez —natural—, sino que se desprende únicamente de limitaciones estables, institucionalmente o de hecho, del acceso al conocimiento. Sin embargo, estas limitaciones no llegan a frenar más que temporalmente la imitación, la «reinvención» o el aprendizaje sustitutivo por parte de otros productores potenciales. La escasez del conocimiento, eso que le da valor, tiene, de esta suerte, una naturaleza artificial: deriva de la capacidad de un «poder», cualquiera que sea su género, para limitar temporalmente su difusión y para reglamentar el acceso (RULLANI, 2004, p. 102).

Para el caso de la teoría valor-trabajo marxista, esta explicación está asociada a que si bien el valor de producir conocimiento viene dado por el tiempo de trabajo que se ha empleado en su producción, una vez llegado a ese conocimiento, quien lo usa no tiene que gastar tal tiempo de trabajo. Analicemos con mayor detenimiento esta cuestión.

El conocimiento está incorporado en la mente de los individuos y se convierte en un factor complejizante del trabajo. Este trabajo complejo es fuente de creación del valor de las mercancías que produce, por lo que, en estas condiciones, el conocimiento es creador de valor. Tal y como se señala en Sánchez Noda (2004, p. 5),

el conocimiento, como resultado del proceso científico, es trabajo complejo, (...) trabajo simple potenciado que se incorpora al proceso de producción, de servicios y al propio conocimiento, incorporando un elevado nivel de productividad y, por consiguiente, de competitividad a las producciones. Este conocimiento incorporado puede y de hecho genera innovación al producto y también genera nuevas tecnologías y conocimientos. Resulta que el trabajo intelectual, como trabajo complejo, es creador de valor.

Por lo tanto, al ser entendido el conocimiento como el trabajo complejo que se cristaliza en un determinado producto tangible, este no tiene valor, ni tampoco precio, como ocurre con el trabajo. Más bien el conocimiento crea valor y lo incorpora al producto. Él, en sí mismo, no tiene valor.

Desde esta perspectiva, el análisis de la teoría valor-trabajo no arroja ninguna contradicción. El conocimiento se analiza desde su objetivación en el producto. Este tiene lugar en el proceso social de producción, por un lado, a través de la transferencia al producto del conocimiento previamente objetivado en el trabajo pretérito; y, por el otro, a través de la creación de nuevo conocimiento por el trabajo vivo y su incorporación al producto. A través de este prisma, por tanto, el conocimiento crea valor, al estar incorporado al trabajo que ha creado el nuevo producto. La teoría valor-trabajo no agota sus posibilidades de explicación.

También en Rubin (1974) pueden encontrarse importantes reflexiones al respecto. Para este autor, en la teoría del valor de Marx, en lugar de considerar que el valor de la mercancía depende de la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción, es más exacto afirmar que el trabajo sólo puede expresarse en valor, en tanto en una economía mercantil-capitalista las relaciones laborales de producción entre los hombres adquieren necesariamente la forma valor de las cosas, pudiendo solo aparecer en esa forma material¹. Consecuentemente, interpretarla como una teoría que se limita a las relaciones de cambio entre las cosas es errónea, al igual que el correspondiente análisis de las relaciones entre el trabajo y las

cosas que son productos del trabajo. “La teoría del valor de Marx no analiza relaciones entre cosas ni relaciones de personas con cosas, sino relaciones entre personas que están vinculadas entre sí a través de las cosas” (RUBIN, 1974, p. 120).

En las condiciones actuales, el conocimiento se separa cada vez más de su sustrato material y una misma idea puede materializarse en infinitos valores de uso sin que ello altere su naturaleza.

Por su naturaleza, las ideas no son excluyentes. Esto significa que quien tiene una idea y la comparte, no pierde la idea sino que en realidad la multiplica. Es imposible detener una idea que se divulga. Este atributo de “no exclusión” se complementa con otra característica básica: las ideas no se consumen ni se gastan. Tienen la peculiaridad de mantenerse en el tiempo, indestructibles, imposibles de reducir ni de dañar. Y como si esto fuera poco, no sólo no son excluyentes ni se consumen, sino que en su divulgación generan, dan vida y motivan nuevas ideas (BUSANICHE y OTROS, 2006, p. 120).

Estas características de las ideas (o de los conocimientos), de ser no excluyentes, de no consumirse y de no degradarse con el uso, implican que no sean susceptibles de ser apropiables. A primera vista, su apropiación parece difícil pues no se trata de meros objetos. Sin embargo, la necesidad imperiosa del capital de valorizarse, conlleva a la búsqueda de nuevos espacios dónde lograrlo y termina transformando las ideas (los conocimientos), aunque sea artificialmente, en mercancías. Así, el conocimiento se presenta como mercancía.

En el momento de negociar conocimientos, la producción que se vende como mercancía es el conocimiento. Aquí el conocimiento aparece como producto final (patentes). De esta forma, la venta del producto-conocimiento, es una mercancía y ese producto tiene un valor y también un precio que es resultado del trabajo complejo. Surge la contradicción entre la transformación del conocimiento en valor y el valor del conocimiento como mercancía (SÁNCHEZ NODA, 2004, p. 6).

Sobre la base de esta contradicción, es que se cuestiona la capacidad explicativa de la teoría valor-trabajo.

La respuesta que brinda el propio autor a esta contradicción en Sánchez Noda (2007, p. 8) niega tal cuestionamiento.

Es posible que el conocimiento se presente como una mercancía, sólo en su forma externa, aunque en su esencia constituya una extensión del trabajo humano complejo que se enajena del propio ser humano, como se enajenan en el capitalismo otros productos que se producen por las personas y se enfrentan a él como agentes extraños en la producción capitalista. Puede aparecer en su aspecto fenoménico como valor del conocimiento, como aparece el valor del trabajo y se convierte en un factor de la producción como lo concibe la teoría neoclásica. Pero esto es sólo la forma en la que toma cuerpo la esencia de las relaciones entre los hombres.

Por consiguiente, bajo las condiciones del capitalismo, con el conocimiento ocurre un proceso de transfiguración, a partir del cual este tiene precio, como resultado del proceso de mercantilización del capitalismo donde todo se vende, pero no tiene valor.

A través de la llamada “propiedad intelectual”, los monopolios garantizan los derechos exclusivos sobre las aplicaciones y expresiones de las ideas. Con un sinnúmero de artefactos jurídicos, el capital logra privatizar el conocimiento, excluyendo de sus beneficios a los que no tienen la posibilidad de adquirirlo. Se trata de

la lógica de los derechos de autor y de mejoradores de plantas, las patentes, las marcas comerciales, los diseños industriales y los secretos comerciales, como los

principales mecanismos que los capitalistas han establecido desde los inicios de la modernidad para controlar las innovaciones tecnológicas y con ello asegurarse las ganancias extraordinarias generadas (DELGADO, 2001, p. 183).

Como resultado, estamos en presencia de un estado de concentración y monopolio creciente de las áreas vinculadas al trabajo intelectual, lo cual tiende a agravar las diferencias entre los países ricos y los países pobres.

Según un comunicado emitido por la OMPI (2015), por solo mencionar un ejemplo, desde el 2003 hasta la fecha las solicitudes de patentes – a excepción del 2009 – han aumentado cada año, alcanzando la cifra de 2,7 millones en 2014. En este propio año, había en vigor en el mundo aproximadamente 10,2 millones de patentes, concentrándose en tan solo dos países más del 40% del total mundial: EE.UU. (24.7%) y Japón (18.8%).

Se trata de entender, entonces, que lo que ocurre es que el trabajo en sí mismo no da valor al producto, sino solo aquel trabajo que es organizado en determinada forma social (en la forma de una economía mercantil). Es decir, el valor de las cosas expresa un determinado tipo de relaciones de producción entre las personas y el producto solamente adquiere valor cuando es producido específicamente para ser vendido, adquiriendo en el mercado una evaluación objetiva y exacta que la iguala (mediante el dinero) con todas las otras mercancías y le da la propiedad de ser intercambiable por cualquier mercancía (RUBIN, 1974, p. 121).

Así, tal y como se apunta en Hernández (2002, p. 7), que el valor tienda a dejar de ser la medida del valor de uso, significaría al menos tres cosas. Primero, que se han creado las condiciones históricas necesarias para que el plustrabajo de la masa deje de ser la fuente de la riqueza social y pueda abolirse la producción basada en el valor de cambio. Segundo, que el trabajo social necesario se ha reducido a un mínimo que permite reducir el tiempo de la jornada de trabajo. Y tercero, que este tiempo libre permite la liberación del sujeto social. Sin embargo, mientras permanezcan vigentes las condiciones del modo de producción capitalista, lo anterior será imposible de alcanzarse.

Por lo tanto, la tendencia contemporánea a través de la cual el conocimiento se presenta como mercancía, es tan sólo un resultado de la mercantilización que se opera bajo las condiciones de dominio de las relaciones de producción capitalistas. El hecho de que el tiempo de trabajo deje de ser referente del valor de cambio, argumento central contra la teoría valor-trabajo, no puede concretarse en este contexto.

El tiempo de trabajo y el tiempo libre

En la medida en que el conocimiento se materializa en los avances de la ciencia y la tecnología, ello permite que la riqueza social se vuelva cada vez menos dependiente del tiempo de trabajo empleado directamente en el proceso de producción y que dependa más de las potencias de los medios tecnológicos puestos en movimiento. El propio Marx así lo hizo notar.

En la medida (...) en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez *-su powerful effectiveness-* no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción (MARX, 1972, pp. 227-228).

En el análisis de Marx, se pone en conexión el desarrollo de la ciencia y la tecnología con las características de las relaciones de producción capitalistas y con el desarrollo de sus contradicciones en el

curso del tiempo. Visto de este modo, la ciencia y la tecnología no se constituyen en fuerzas autónomas, sino que son un producto social e histórico de las transformaciones en la producción. Por lo tanto, la producción científica debe entenderse más bien como una actividad social que responde a fuerzas económicas, pues son los cambios en las características y condiciones de la actividad productiva, los que inducen el desarrollo de la ciencia. Esta relación de retroalimentación es la que, justamente, explica el proceso de subordinación de la ciencia a la industria o, más estrictamente, de la ciencia al capital².

Ello significa que ha aumentado la capacidad productiva del trabajo, lo cual equivale a decir que hay un desarrollo del intelecto social aplicado directamente a la producción. La lógica del capital lleva a un desarrollo de la ciencia. La necesidad de aumentar la plusvalía y, por consiguiente, el tiempo de trabajo adicional, conlleva a una reducción del tiempo de trabajo necesario a través del mejoramiento de la productividad, lo cual impulsa el desarrollo científico y tecnológico. Por lo tanto, esta lógica conduce a que la producción de riqueza se independice, relativamente, del tiempo de trabajo.

Precisamente en los *Grundrisse*, Marx anunció el advenimiento de un nuevo estadio en el desarrollo de la división del trabajo. Catalogándola como *General Intellect*, anticipa una economía fundada en la difusión del papel motriz del saber, en la cual la ley del valor entraría en crisis. Esta transformación, por consiguiente, pondría en crisis la norma basada en la medición del tiempo de trabajo inmediato consagrado a la producción.

En esta transformación lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que este trabaja, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social. (...) Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar de ser su medida, y por tanto el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso (MARX, 1972, p. 228).

Ciertamente para Marx, este desarrollo de las fuerzas productivas, derivado del carácter social de la producción, debía contribuir al aumento del tiempo libre, el cual permitiría el desarrollo pleno del individuo, elevando a su vez su capacidad productiva en el trabajo. De esta manera, el desarrollo científico y tecnológico, en tanto condensación histórica del intelecto social general, crearía las posibilidades de emancipación del individuo y su consiguiente liberación del trabajo enajenado.

Sin embargo, esta cuestión no puede ser analizada sin tener en cuenta el contexto social. Tal y como se señala en Vega (2012),

lo que resulta más significativo con respecto a la mezcla del tiempo de trabajo y el tiempo libre radica en que, por lo común, las nuevas generaciones de trabajadores lo aceptan como algo normal, especialmente los llamados trabajadores cognitivos, porque conciben al trabajo como la parte más importante de su vida y ellos mismos tienden a prolongar de manera voluntaria su jornada de trabajo.

Así, en el sistema capitalista, estas potencialidades no pueden desarrollarse pues, al estar al servicio de la acumulación del capital, significan más bien un freno para las condiciones de reproducción de la vida del sujeto social. Capital al fin, este requiere seguir apropiándose del trabajo ajeno para preservar el valor ya creado y poder ampliar su reproducción. En consecuencia, aun cuando el conocimiento humano alcanzado pueda crear las condiciones necesarias para avanzar hacia un nuevo orden social, las relaciones de propiedad capitalistas bloquean tales posibilidades.

Bajo el predominio de la economía capitalista, las relaciones entre los individuos se establecen según la lógica del intercambio de mercancías, el cual está regido por el imperativo del valor de cambio en constante expansión, al cual toda la vida social se subordina. En estas condiciones, en las que prevalece la división capitalista del trabajo, "únicamente la ley del valor puede reglamentar (...) el intercambio metabólico de la sociedad con la naturaleza (...) y la inestable coalición de los individuos en una totalidad

societaria estructurada antagónicamente” (MÉSZÁROS, 2001, p. 879). El análisis de tal realidad llevó a Marx a la conclusión de que no existe forma de emancipar a la sociedad del dominio del capital, sin abordar la difícil tarea de suprimir la división capitalista del trabajo,

porque mientras el tiempo domine a la sociedad en forma del imperativo de extraerle el tiempo de trabajo excedente a su inmensa mayoría, el personal a cargo de ese proceso debe conducir una forma de existencia sustancialmente diferente, en conformidad con su función como la personificación y el impositor del imperativo del tiempo. A la vez, la inmensa mayoría de los individuos son degradados a meros trabajadores, subsumidos bajo el trabajo (MÉSZÁROS, 2001, p. 859).

Para Marx, el tránsito hacia una nueva sociedad, basada en un sistema comunal³, no debía sostenerse en la conciliación con los imperativos estructurales de la división del trabajo, sino en su superación progresiva. Sólo de esta manera podrían los individuos tener la esperanza de emanciparse de la tiranía del tiempo y de la ley del valor⁴.

La propia lógica del capital, al promover el desarrollo científico y tecnológico, crea las bases materiales para pasar a un nuevo orden social. Pero esta transición no puede esperarse que ocurra espontáneamente, sino que requiere la construcción de un sujeto social conscientemente dispuesto a transformar revolucionariamente la sociedad. En su ausencia, el capital siempre encontrará formas de reproducir su régimen social.

Las transformaciones que están generando las Nuevas Tecnologías de la Información sobre nuestro cerebro y memoria se relacionan con la lógica del capitalismo actual de inscribir a los seres humanos en el corto plazo, o más exactamente, en el carácter instantáneo del tiempo comercial, un perpetuo presente, sin pasado ni futuro. El ritmo vertiginoso y acelerado del capitalismo sólo deja tiempo para consumir y tirar a la basura, con lo cual se anulan las diferencias temporales (VEGA, 2012).

De este modo, la “crisis” de la ley del valor como medida del valor basada en el tiempo de trabajo directo y material, no significa que se elimine el trabajo como fundamento de la producción de riqueza, aunque sí implica que se desplace y amplíe el concepto del llamado *trabajo productivo*. “Esta ampliación parte de la identificación del papel motriz del saber para conducir al reconocimiento de que formas de actividades tradicionalmente asimiladas a la esfera de no-trabajo participan en la creación de riqueza” (HERRERA y VERCELLONE, 2002, p. 72).

Como el propio Marx señalara,

el desarrollo del capital *fixe* revela hasta qué punto el conocimiento o *knowledge* social general se ha convertido en *fuerza productiva inmediata* y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* y remodeladas conforme al mismo (MARX, 1972, p. 230).

No se trata entonces de que la teoría del valor-trabajo no reconozca el papel creciente de la ciencia, sino que esta se encuentra obstaculizada en su desarrollo por las relaciones entre el capital y el trabajo, que no puede superar.

Y es por esta restricción estructural -que libera y también estimula su expansión para el incremento de la producción de valores de cambio, pero impide el salto cualitativo societario para una sociedad productora de bienes útiles según la lógica del tiempo disponible- que la ciencia no puede convertirse en la principal fuerza productiva (ANTUNES, 2001, p. 9).

Por lo tanto, la tendencia señalada por Marx, cuya realización plena supone la ruptura de la relación de la lógica del capital, demuestra que mientras subsista el modo de producción capitalista, no se puede concretar la eliminación del trabajo como fuente creadora del valor. No obstante, ello no significa que no se produzca una transformación en el interior del proceso del trabajo, como resultado del avance científico y tecnológico que se configura por el peso creciente de la dimensión más calificada del trabajo, o sea, por la intelectualización del trabajo social.

En este sentido, se presentan las contradicciones de la ley del valor, pues, por un lado, aparece la incorporación en el proceso de producción de formas de trabajo intelectual favorecidos por una nueva tecnología pero, por otro, estos están socializados. Es decir, se trata de un trabajo altamente cooperativo y socializado, lo cual implica que mientras más cooperativo es el trabajo, tanto más incorpora el saber acumulado, lo cual lo hace más difícilmente cuantificable y mensurable por la medida del tiempo de trabajo abstracto. Ello implica que las ganancias de productividad no sean convertidas en tiempo libre, sino que se traduzcan contradictoriamente en mayor exclusión social (AMORIM y de OLIVEIRA, 2012).

El potencial emancipador de los avances científico-tecnológicos y su posibilidad de incrementar el tiempo libre para el ser humano, se enfrenta así constantemente a las tendencias opresivas que operan bajo el capital, acentuándose los fenómenos de enajenación, alienación y exclusión que presentan las grandes mayorías en la sociedad contemporánea.

Reflexiones finales

De lo examinado hasta aquí se desprende que no puede hablarse de una pérdida de la centralidad del trabajo bajo las condiciones de la producción de mercancías. Estas, por el contrario, siguen siendo producto de la actividad (ya sea manual o intelectual) que resulta del trabajo humano en interacción con los medios de producción. El trabajo abstracto cumple un papel decisivo en la creación de valores de cambio. “La disminución de magnitud del factor subjetivo en el proceso de trabajo, comparado con su factor objetivo” (MARX, 1973, Tomo I, p. 567) o el aumento creciente del capital constante con relación al variable, reduce relativamente, pero no elimina, el papel del trabajo colectivo en la producción de valores de cambio. Así, el trabajo sigue siendo fuente de creación del valor. A su vez, la creación de valores de cambio sigue siendo resultado de la articulación entre el trabajo vivo y el trabajo muerto, incluso en los procesos productivos tecnológicamente avanzados, en los que predominan las actividades más calificadas⁵.

Esta fuerza de trabajo cada vez más calificada, y al mismo tiempo más explotada, sólo podría emanciparse en una sociedad alternativa a la lógica de la producción de mercancías, en la que la producción de valores de cambio no encontrase ninguna posibilidad de constituirse en el elemento estructurante. Una sociedad en la que, al eliminarse las relaciones de producción capitalistas, desapareciera con ellas el trabajo abstracto, el trabajo extrañado; lo cual no significa la eliminación del trabajo social como creador de valores de uso, de objetos útiles para la satisfacción de las necesidades humanas, sin el que no sería posible concebir el progreso de la sociedad.

Sin embargo, en una sociedad dividida en clases, sólo una minoría podría disfrutar de la posibilidad de ampliar el tiempo libre y emplearlo para su desarrollo pleno. En contraste, en una sociedad sin clases,

la apropiación y el control del sobreproducto social por los productores asociados significaría (...) una reducción radical del tiempo de trabajo (del trabajo necesario) para todos, un aumento radical del tiempo libre para todos, y por lo tanto, la desaparición de la división social del trabajo entre administradores y productores, entre aquellos y aquellas que tienen acceso a todos los conocimientos y aquellos y aquellas que están separados de la mayor parte del saber (ANTUNES, 2001, p. 53).

Se evidencia así la contradicción entre la tendencia a la expansión exponencial de la ciencia y de la técnica por un lado, y su control por parte de la clase capitalista, por otro.

Esta contradicción entre la capacidad creativa del conocimiento humano y la miseria reaccionaria del poder tecno-científico capitalista, surge de la misma naturaleza genético-estructural del sistema de producción de mercancías, que en cuanto tal, ha convertido al conocimiento humano y, por ende a la naturaleza, por cuanto soporte material envolvente del conocimiento, en simple mercancía (GIL, 2001, p. 7).

El conocimiento humano deja de ser valor de uso y se presenta, desvirtuándose, como valor de cambio.

Del análisis de tales cuestiones, salta a la vista que el razonamiento que subyace detrás de concepciones como la del capital humano, según el cual el proceso de formación de los individuos se basa en una decisión de asignación privada del agente, y cuyos resultados son apropiados por él de modo privado, se coloca

muy por debajo de la expresión concebida por Marx de una nueva cooperación social, fundada en la difusión del conocimiento, en la dimensión colectiva desde el primer momento del trabajo-saber vivo, es decir, en la hegemonía que este recupera con relación al trabajo muerto incorporado en el capital constante (HERRERA y VERCELLONE, 2002, p. 74).

Así pues, el trabajador colectivo del *General Intellect* concebido por Marx, se distancia significativamente del individuo atomizado y maximizador que supone la teoría del capital humano⁶. Este individualismo metodológico es incapaz de captar la dimensión colectiva, e impide, además, toda reflexión que se apoye en las relaciones sociales y la historia.

La atomización de los individuos es la base de la Economía Laboral, o del Trabajo, con fuerte influencia neoclásica. Las funciones de oferta de trabajo de los individuos reproducen el socorrido modelo microeconómico de elección entre dos categorías de bienes, ocio e ingresos, dibujando una curva de indiferencias que genera una determinada utilidad. Incluso si no se suscribe el paradigma marxista que sostiene que la mercancía que se intercambia no es el trabajo sino la fuerza de trabajo, con lo que el término mercado de trabajo ya presenta de por sí una falsa igualdad; la división neoclásica es mucho más fetichista. Por un lado se manifiesta que ocio y trabajo son bienes intercambiables, afirmación ampliamente cuestionable, pues en la economía moderna la decisión de trabajar o no, ya no pertenece a la oferta de trabajo, lo que es decir que los obreros están obligados a trabajar para subsistir. La función de utilidad individual dependerá de las valoraciones de cada persona sobre su tiempo de trabajo o de ocio, con lo que cada trabajador se encuentra solo frente a la demanda de trabajo con sus preferencias individuales, subestimándose considerablemente los efectos sociales.

Por último, el salario se convierte en un precio más, con lo que es la referencia principal para que los empresarios y los hogares ajusten el nivel de empleo a partir del movimiento de la demanda y la oferta de trabajo en el “libre mercado”. Tal y como ha afirmado en abierta crítica el economista heterodoxo Joseph Stiglitz: “La generalización y persistencia del desempleo es, en mi mente, el más evidente “experimento crítico” que debe llevar al rechazo del modelo de equilibrio competitivo básico que (dependiendo del punto de vista) predice o asumen pleno empleo en la economía” (STIGLITZ, 1991). La conveniencia matemática del pleno empleo, es cuando menos, un subterfugio del paradigma neoclásico que describe una apariencia que ni siquiera existe. Este fenómeno se complejiza en el análisis de las transacciones en la economía de la innovación, que bajo los mismo supuestos de intercambiabilidad, dibuja fronteras artificiales al valor de uso conocimiento.

En el contexto actual, ello se expresa de forma mucho más elocuente, pues la ciencia y la tecnología ya no son sólo medios para la dominación, sino que ellas mismas constituyen formas directas de

dominación que, además, crea las matrices culturales que legitiman las nuevas estrategias del capital. Entre las manifestaciones más elocuentes de este fenómeno, según se apunta en Vega (2012), pueden encontrarse “la pérdida de vínculos humanos en las grandes ciudades en donde los nexos entre las personas se han convertido en un envoltorio muerto y sin placer; la mercantilización y el culto al consumo como la razón de ser de la existencia humana y de los trabajadores, lo cual se complementa con la crisis de los proyectos emancipatorios; el culto a los artefactos tecnológicos como sustitutos de las relaciones con otros seres humanos; y el éxito del capital en imponer su ideología individualista en la que se atenúa y se reducen, y en algunos sectores, desaparecen, las luchas colectivas y se enfatiza la cuestión del triunfo individual, que en forma supuesta se alcanzaría subordinándose por completo a los intereses del capital.”

Por lo tanto, solo en la medida en que se avance hacia una sociedad en la que las relaciones económicas vayan dejando de supeditarse al mercado y el hombre pase a ser el centro de la actividad, el desarrollo de las capacidades humanas perderá su carácter mercantil y su objetivo dejará de ser el de la obtención de ingresos, para dar paso al despliegue de sus potencialidades en pos de alcanzar el pleno desarrollo integral de los individuos y la sociedad en su conjunto. En otras palabras, solo cuando el desarrollo de la ciencia y la tecnología no esté regido por la lógica destructiva del sistema productor de mercancías, sino por el contrario, por la sociedad del tiempo disponible y de la producción de bienes socialmente útiles y necesarios, es que podrá alcanzar su significado emancipador y, con este, el pleno bienestar de los seres humanos.

Referencias bibliográficas

- Amorim H. y de Oliveira L. (2012): “Teoría del valor, trabajo y clases sociales. Entrevista con Daniel Bensaïd”. *Herramienta: Revista de debate y crítica marxista*. 49. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar>
- Antunes R. (2001): *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*. Biblioteca Latinoamericana de Servicio Social.
- Castillo C. A. y García J. (2001): “Marx, entre el trabajo y el empleo”. Ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Sociología. Salamanca, España. Disponible en <http://eprints.ucm.es/6745/1/0123.pdf>.
- Delgado G. C. (2001): “La biopiratería y la propiedad intelectual como fundamento del desarrollo biotecnológico”. *Revista Problemas del Desarrollo*. 32 (126), julio-septiembre. 175–210.
- Gil I. (2000): “Algunas consideraciones sobre ciencia, tecnología y emancipación”. Disponible en: <http://www.lahaine.org/gilo.htm>.
- Hermo J. y Wydler A. (2006): “Transformaciones del trabajo en la era de la “modernidad líquida” y el trabajo “inmaterial””. *Herramienta: Revista de debate y crítica marxista*. 32. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar>.
- Hernández D. (2002): “La sociedad del conocimiento: nuevas estrategias del capital y viejas formas de explotación y opresión política”. GRICIS 2001 Efectos. Globalismo y Pluralismo. 24–27 de abril. Montreal. Disponible en: <http://www.er.uqam.ca/nobel/gricis/actes/bogues/Hernande.pdf>.
- Herrera R. y C. Vercellone (2002): “Transformaciones de la división del trabajo y endogenización del progreso técnico”. *Revista Marx Ahora*. 13. 68–78.
- Lipietz A. (1980): “Conflicts de répartition et changements techniques dans la théorie marxiste”. *Revue Economie Appliquée*. Tomo XXXIII.
- Marx C. (1972): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Tomo II. Siglo XXI. Editores SA. Argentina.
- Marx C. (1973): *El Capital*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba.
- Mészáros I. (2001): *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*. Vadell Hermanos Editores, CA. Caracas, Venezuela.
- Odrizola S. (2013): “Una propuesta alternativa a la concepción del llamado capital humano”. *Textos & Contextos (Porto Alegre)*. V. 12, n. 2. 265 – 280. Disponible en: <http://revistaseletronicas.pucrs.br/fass/ojs/index.php/fass/article/view/15886/10738>.
- Odrizola S. y Colina H. (2015): “La relación capital-trabajo: ¿cuánto de ayer, cuánto de hoy?”. *Revista Economía y Desarrollo*. Año XLVI, vol. 154 no 2. julio-diciembre 2015, p. 4-15.
- OMPI (2015): “En 2014 aumentaron por quinto año consecutivo las solicitudes de patente presentadas a nivel mundial”. Comunicado de prensa. Disponible en: http://www.wipo.int/pressroom/es/articles/2015/article_0016.html.
- Ordóñez S. (2002): “La nueva fase de desarrollo y el capitalismo del conocimiento: elementos teóricos”. *Revista Comercio Exterior*. 52(6), junio. 4–17. México.

Rubin I. (1974): "Ensayos sobre la teoría marxista del valor". En *Cuadernos de Pasado y Presente*. 53. Córdoba, Argentina. Disponible en: <http://www.socialismo-chileno.org/febrero/Biblioteca/Marx/Rubin-Isaak-Illich-Ensayos-sobre-la-teoria-marxista-del-valor-1924.pdf>.

Rullani (2004): "El capitalismo cognitivo: ¿Un déjà-vu?". En Colectivo de Autores (2004): *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Editorial Traficantes de Sueños. Madrid, España. 99–106.

Sánchez Noda R. (2004): "Base científico tecnológica, humana y material de la transición al socialismo". Material inédito. La Habana, Cuba.

Stiglitz, J. (1991). *The invisible hand and modern welfare economics*. Cambridge: National Bureau of Economic Research. DOI: <https://doi.org/10.3386/w3641>

Vega R. (2012): "La expropiación del tiempo en el capitalismo actual". *Herramienta: Revista de debate y crítica marxista*. 51. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar>.

¹ "Aquí el punto de partida de la investigación no es el valor sino el trabajo; no son las transacciones del cambio en el mercado como tales sino la estructura de producción de la sociedad mercantil, la totalidad de las relaciones de producción entre los hombres. Las transacciones del cambio mercantil son, entonces, la consecuencia necesaria de la estructura interna de la sociedad; son uno de los aspectos del proceso social de la producción. La teoría del valor (...) no se basa en un análisis de las transacciones de cambio como tales en su forma material, sino en el análisis de esas relaciones sociales de producción expresadas en las transacciones" (RUBIN, 1974, p. 114).

² "La ciencia, que obliga a los miembros inanimados de la máquina – merced a su construcción – a oponer como un autómatas, conforme a un fin, no existe en la conciencia del obrero, sino que opera a través de la máquina, como poder ajeno, como poder de la máquina misma, sobre aquel [...]. El proceso de producción ha cesado de ser proceso de trabajo en el sentido de ser controlado por el trabajo como unidad dominante. El trabajo se presenta, antes bien, sólo como órgano consciente, disperso bajo la forma de diversos obreros vivos presentes en muchos puntos del sistema mecánico, y subsumido en el proceso total de la maquinaria misma, sólo como un miembro del sistema cuya unidad no existe en los obreros vivos, sino en la maquinaria viva (activa), la cual se presenta frente al obrero, frente a la actividad individual e insignificante de este, como un poderoso organismo. En la maquinaria el trabajo objetivado se le presenta al trabajo vivo, dentro del proceso laboral mismo, como el poder que lo domina y en el que consiste el capital – según su forma – en cuanto a apropiación del trabajo vivo" (MARX, 1972, p. 219).

³ El sistema comunal propuesto por Marx debía tener las siguientes características: a) la determinación de la actividad de vida de los sujetos que trabajan como un vínculo necesario e individualmente significativo con la producción directamente general, y de la correspondiente participación directa de ellos en el mundo de los productos asequible; b) la determinación del producto social mismo como un producto general, de partida inherentemente comunal, en relación con las necesidades y propósitos comunales, sobre la base de la cuota especial que los individuos particulares adquieren en la producción comunal en marcha; c) la plena participación de los miembros de la sociedad en el consumo comunal propiamente dicho: una circunstancia que resulta tener extrema importancia, en vista de la interrelación dialéctica entre la producción y el consumo, sobre cuya base este último es caracterizado legítimamente bajo el sistema comunal como positivamente "consumo productivo"; y d) la organización planificada del trabajo (en lugar de su alienante división, determinada por los imperativos autoafirmadores del valor de cambio en la sociedad mercantil), de manera tal que la actividad productiva de los sujetos particulares que trabajan es mediada no en una forma cosificada/objetivada, a través del intercambio de mercancías, sino a través de las condiciones intrínsecamente sociales del propio modo de producción establecido dentro del cual los individuos están en actividad (MÉSZÁROS, 2001, p. 871).

⁴ "Porque en la visión de Marx el empleo cualitativo del tiempo bajo la forma comunal de intercambio reproductivo representa el nivel históricamente accesible y el modo de mediación totalmente único de los productores asociados en los niveles del socialismo más elevados" (MÉSZÁROS, 2001, p. 862).

⁵ "Las máquinas inteligentes no pueden sustituir a los trabajadores. Al contrario, su introducción se vale del trabajo intelectual del operario que, al interactuar con la máquina informatizada, acaba también por transferir parte de sus nuevos atributos intelectuales a la nueva máquina que resulta de este proceso. Se establece, entonces, un complejo proceso interactivo entre trabajo y ciencia productiva, que no puede llevar a la extinción del trabajo. Este proceso de retroalimentación impone al capital la necesidad de encontrar una fuerza de trabajo aún más compleja, multifuncional, que debe ser explotada de manera más intensa y sofisticada, al menos en los ramos productivos dotados de mayor incremento tecnológico" (ANTUNES, 2001, p. 10).

⁶ "El enfoque en términos de economía del saber del General Intellect, para el cual el saber no tiene propietario, al contrario de lo que postulan las teorías neoclásicas, y se convierte en la principal fuerza productiva, desecha toda concepción del capital humano para la cual la fuerza de trabajo equivale a un capital, o el trabajador a un capitalista, y rechaza la separación artificial de la fuerza de trabajo de una fracción hipercalificada de esta, integrada al capital en la función de producción macroeconómica, en la forma de un capital llamado humano" (HERRERA y VERCELLONE, 2002, p. 76).